

## La Antártica es de nadie

Mario Waissbluth



La Antártica no es chilena, argentina, británica, noruega, australiana, ni de cualquier otro país al que se le ha ocurrido buscarle pretensiones territoriales. Es una maravilla que quita el aliento, y que jamás debiera ser explotada por razones económicas ni geopolíticas.

Este Febrero pasé la barrera de los 60, y con mi esposa decidimos festejarlo dándonos el caro gusto de visitar el continente antártico... en un barco noruego. No sabíamos mucho del tema, y teníamos algo de aprensión, imaginándolo tal vez plano, blanco, y monótono, con un par de pingüinos. Sabíamos del “hombre del tiempo” anunciando que “la temperatura en el territorio antártico chileno es  $-3^{\circ}\text{C}$ ”. Como decir que la temperatura en Europa es  $7^{\circ}\text{C}$  de España a Moscú.

No imaginábamos montañas de 4900 metros, ni peces coloreados que no tienen hemoglobina en su sangre, ni que su superficie de tierra firme es 20 veces mayor que la de Chile continental, ni vientos “katabáticos” que se deslizan de la montaña al mar alcanzando los 300 km./hr., ni que en invierno los hielos duplican su superficie. O que la roca está tapada por 4 kilómetros de hielo, acumulado por cientos de miles de años ya que la Antártica es técnicamente un desierto casi sin precipitaciones. Valió cada depreciado dólar, y fue la experiencia más impactante de cualquier viaje que haya realizado.

### Mareado como pollo

Ushuaia, bello pueblo argentino de 60.000 habitantes, es el punto de arranque o recalada de la mayoría de los 80 barcos que hacen el recorrido para más de 30.000 turistas al año, desde un excelente muelle. No se parte del chileno Puerto Williams, de 2.500 habitantes, cuyo muelle sirve para barquitos y su infraestructura para hacer un picnic. Nuestro barco tenía 7 pisos y 250 pasajeros, de los cuales 4 *shileans* y ningún otro latinoamericano.



Luego del Beagle y el Cabo de Hornos se cruzan cerca de 900 km. del Paso de Drake, el mar más peligroso del mundo, que separa nuestro continente de la punta de la Península Antártica (de 1000

km. de longitud). Esta puede verse en mapas chilenos marcada como chilena, en mapas argentinos como argentina, y en mapas británicos como británica.

A la ida, todo bien. A la vuelta, me creí Tarzán y no tomé pastillas para el mareo. Aguanté 4 horas, con olas de 8 metros y vientos de 100 km./hr., antes de terminar humillado y arrodillado en cierta parte del baño sintiéndome miserable. Ocho metros de ascensor en caída libre, por un total de 7 horas. Imagínelo bien<sup>1</sup>. Traté de salir a tomar aire fresco a cubierta y volé 3 metros antes de aterrizar. Una dama de 75 años se quebró la cadera por caminar donde no debía. En cambio, mi esposa tomó Mareamín, se puso un parche mágico detrás de la oreja y lo pasó bomba en el despiadado cruce. Por cierto, el violento Paso de Drake hace por sí sólo que cualquier pretensión de explotar minerales, petróleo, energía eólica o geotérmica sea completamente ilusoria. Felizmente.

## Noruegos flemáticos

Al final, el parco capitán noruego nos dijo que “el Drake había estado un poquito más movido que de costumbre”. Qué alivio. Toda la tripulación noruega atrocamente eficiente y organizada, paranoide con el cuidado del medio ambiente, y muy pero muy flemática. Para ilustrar y arrear a los pasajeros en los desembarcos tenían guías alemanes, que son más parlanchines. Imagínese.

Si Ud. es de esos o esas que va al baño a menudo, lleve bolsitas porque en la Antártica no puede dejar nada, na-da. Además hay que forrarse con 3 capas de tela, incluyendo denigrantes calzoncillos largos, porque el viento se las trae. Mejor no tomar líquido por un par de horas antes de desembarcar. Tampoco se puede traer ni una conchita de recuerdo. Las botas se lavan con desinfectante al bajar a tierra y al subir al barco, no sea cosa que traslademos algún bicho de una isla a otra. No es que haya mucho bicho, pero en fin. El barco no bota aguas servidas, se devuelven a Ushuaia. No sé qué harán allá con eso.



Por cierto, los noruegos me dejaron tan impresionado que a la vuelta me puse a googlearlos. Un clima de porquería, sólo 4 millones de habitantes viviendo en algo parecido a Aysén, exportaciones intensivas en recursos naturales y... el segundo ingreso per capita más alto del mundo. Del producto bruto, 50% es gasto público. Educación y salud gratuitas, protección social desde el embarazo hasta el entierro. Tráguese esa. A ver si alguno de nuestros ortodoxos economistas me lo explica. Daría la impresión que la educación, el imperio de la ley, los valores y el contrato social importaran más que el modelito económico. ¿O será el frío?

## Pasmados de emoción

Volvamos al turismo semi-aventura. En algún momento pasamos la “Convergencia”, una curiosa y delgada barrera de bruma que rodea todo el continente, que marca con una caída brusca de temperatura - en el aire y el agua - el inicio del Océano Antártico. Como si la naturaleza hubiera rodeado con

---

<sup>1</sup> Si quiere imaginarlo mejor métase a [www.youtube.com](http://www.youtube.com) y ponga las palabras “Storm” y “Drake Passage”

una pared todo el continente, advirtiendo a los intrusos que con el hielo no se juega. El sol comenzaba a ponerse a la una de la madrugada.

Antes de llegar a la península, y luego de haber visto los primeros majestuosos témpanos con tonalidades turquesa, algunos de kilómetros de largo, con 60 metros sobresaliendo arriba del agua y otros 500 abajo, el crucero se da una vuelta por el interior de la Isla Decepción. Esta tiene la forma de un picarón con un hoyo al medio, el cono de un volcán, con agua por dentro porque se le derrumbó un pedazo de pared, que surgió del fondo del mar hace miles de años. Todavía está activo pues tres bases, incluida una chilena, han sido enterradas en cenizas en el último siglo. Tiene aguas termales que llegan a 70° C. Un detalle: el diámetro de la isla llega a 14 km., lo cual significa que abajo hay una feroz caldera de magma, que si llegara a explotar en serio otra vez, va a extinguir de la faz de la tierra hasta los tataranietos de Bush, Osama y Obama.



Luego prosigue la travesía, los desembarcos en varias islas y en la cordillerana tierra firme. Nada de plana ni monótona. No puedo describirlo, ni tampoco las fotografías anexas, algunas mías y otras tomadas por amables turistas holandeses, gringos o alemanes con cámaras de medio metro de largo que le conversan a uno en la mesa, y uno aprovecha para bolsar fotos top.



La palabra precisa es... indescriptible. Caminar entre cientos de pingüinos cuyos polluelos de peluche picotean botas para ver si saben a pescado regurgitado, focas leopardo (mejor no acercarse), pájaros de ojos azules, otros pajarracos mal agestados que comen puros huevos y polluelos de pingüinos, avistar ballenas jorobadas. Todo eso no es nada, comparado con la simple experiencia de pasarse horas callado, escuchando el silencio y el viento, mirando la vastedad mezcla de turquesa con gris, blanco radiante, glaciares, témpanos, estrechos pasajes, hielo molido, altísimos picos rocosos. Es la naturaleza en su expresión más violenta y hermosa, y uno se siente como hormiga.

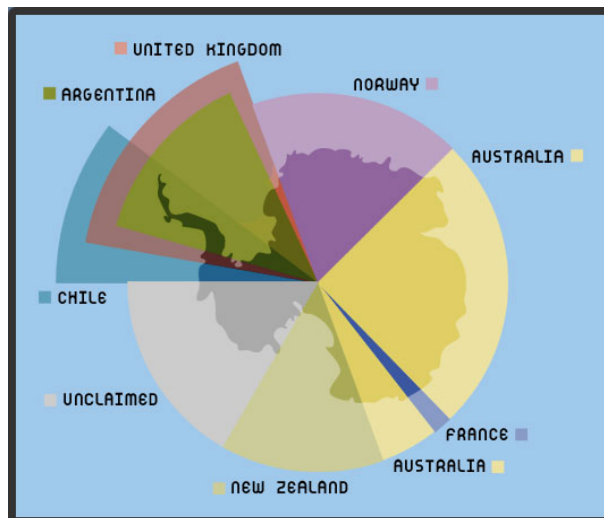
## Soberanías virtuales

Callado, calladito en la cubierta de un barco lleno de nacionalidades, no se puede dejar de pensar en lo estériles que suenan estos reclamos de soberanías territoriales. ¿Para qué? Tal vez para volver a casi extinguir las focas y las ballenas como hace menos de un siglo. O por si acaso los architataranietos de chilenos, argentinos o británicos - o chinos - se sienten tentados de destruir ese continente impoluto para sacar un poco de petróleo cuando éste supere los 300 dólares el barril, o tratar de perforar cuatro kilómetros de hielo para ver si se saca algo de cobre cuando este valga 30 dólares la libra.



¿O tal vez para poner una base aérea que permita bombardear las Malvinas, o una base de submarinos para llevar las guerras hasta allá? Ni siquiera podría pensarse en una explotación turística a escalas mayores que hoy, a menos que el dueño del hotel esté dispuesto a contratar pingüinos para que sirvan la mesa.

Doce países, incluido Chile, tuvieron en 1959 la sensatez de firmar un Tratado Antártico estableciendo que “ninguna actividad que se lleve a cabo durante su vigencia constituirá fundamento para hacer valer, apoyar o negar una reclamación de soberanía, ni para crear nuevos derechos de soberanía en la región”. Asimismo, permite la utilización del continente exclusivamente para fines pacíficos, prohíbe el establecimiento de fortificaciones militares o el ensayo de armas, da libertad de investigación científica y cooperación internacional, y establece toda suerte de protecciones ambientales. Los reclamos territoriales pueden verse en la gráfica anexa.



El problema es que sólo 46 países lo han firmado, de los cuales 28 a nivel “consultivo”. De su lectura no queda muy claro cuando expira o se renueva, y uno nunca sabe cuándo se le soltará un tornillo a algún dictadorzuelo. No bromeo, pues hace sólo 30 años estuvimos a horas de una guerra fratricida con los argentinos, en torno a su pretensión sobre unas islas en el canal del Beagle. El mayor valor de estas islas era y es reforzar los reclamos soberanos sobre la Antártica, pues son roqueríos inservibles. Obviamente, si los británicos un día se ponen pesados, no se van a preocupar mucho por Picton, Nueva o Lennox, a 1000 km. del hielo prometido.

La mejor política antártica de Chile sería, en primer lugar, que no le demos la espalda como yo lo hice por 60 años, y entre otras cosas darle una manito de gato a Puerto Williams. ¿Ud. sabía que este puerto está en la Isla Navarino, a 40 km. de Ushuaia? ¿Sabía que desde Punta Arenas al Cabo de Hornos hay cerca de 400 kilómetros en línea recta? Yo no.

Luego, debíamos reforzar significativamente nuestra escasa presencia científica en este incomprendido territorio, y sobre todo, asumir un liderazgo internacional para que ese Tratado sea refrendado por todos los países del planeta para los próximos 300 años, particularmente Argentina, Gran Bretaña y los grandes devoradores de materias primas. Los cantos chauvinistas de soberanías virtuales conducen tarde o temprano a los cañonazos.